



**DISCURSO PRONUNCIADO POR
SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA, DON MANUEL
AZAÑA, EN EL AYUNTAMIENTO
DE MADRID, EL DÍA 13 DE NO-
VIEMBRE DE 1937.**

Imp. Jesús Bernés



Discurso pronunciado por Su Excelencia el Presidente de la República, Don Manuel Azaña, en el Ayuntamiento de Madrid, el día 13 de noviembre de 1937.

«Señor alcalde, madrileños todos: Hablando con vosotros, madrileños, hablo a todos los españoles, a los que están aquí, a los que están por todo el territorio nacional y aun a los que están más allá de los mares y de las fronteras; hablar a los madrileños desde el corazón de la ciudad martirizada, es hablar a toda la nación. Tal es la representación que ha caído sobre vosotros con ráfagas de muerte. No os quejéis de ella, madrileños. Puesta la vista en la Historia y en lo que representa nuestra nación en el mundo, no os quejéis de esa representación por terrible que sea.

El mayor mérito en la vida, sea en la de un hombre, sea en la de un pueblo, es elevarse con esfuerzo a la grandeza de su destino, sobre todo cuando el destino es inmerecido y cruel, y Madrid, y el pueblo español en su conjunto, no han merecido ni han querido el terrible destino que están padeciendo. Pero vosotros, madrileños, habéis habido pasar a esta representación con la llaneza, la naturalidad y

la gracia que era de esperar de vuestra condición de capital de un viejo país civilizado.

De vuestro antiguo descuido, de los hábitos de una vida fácil, como era la de nuestro pueblo, de la distancia secular a que estábamos todos de los grandes dramas de la Historia, habéis encontrado el camino llano y sereno de poneros a la altura de la tragedia, sin jactancias, sin excesos verbales. Nadie dirá de vosotros que sois un pueblo vocinglero, teatral o jactancioso. Así os cumple. Y habéis, además, acreditado y vuelto a llenar de contenido nuevo una expresión antigua que parecía caer en desuso: la lealtad castellana. Vuestro presidente, si lo permitís, delante de vuestro ejemplo, que es una lección, os saluda como un discípulo.

¿Por qué ha sabido hacer Madrid este gigantesco esfuerzo? ¿Por qué se ha elevado Madrid a esta grandeza? ¿Acaso por cumplir un deber estricto de lealtad? No sólo por eso; por una voluntad inquebrantable de libertad. Supongo que ya nadie creerá la estúpida patraña de que en Madrid había un copiosísimo ejército extranjero que impedía a los madrileños entregarse al invasor; ya nadie creerá esto. En Madrid no hay más que sus hijos, con uniforme o sin él, con fusil o sin él, pero con la voluntad inquebrantable, sin que nadie se lo mande, con el sólo dictado de su conciencia de hombres libres, resueltos a perecer antes que entregarse a la tiranía.

Un ejército extranjero dijeron que había en Madrid por explicarse de algún modo el maravilloso espectáculo de este pueblo incomparable que no quiere sufrir el despotismo. Vosotros sabéis bien que no. Un Ejército lo hay ahora; hace un año no había ni eso. Hace un año no había más que los madrileños resueltos a no dejarse sacrificar, y como supieron y como pudieron, con las uñas y los dientes, cerraron el paso a su capital. Pero hoy sí hay un Ejército: un Ejército español, un Ejército republicano, un Ejército del Estado español, un Ejército de la República Española, salido de las filas del

pueblo, formado, antes que por exigencias de la ley y por mandatos del Gobierno, por la propia voluntad de los que combaten, y en el cual han venido a juntarse la competencia profesional y la experiencia técnica de los admirables oficiales que han permanecido fieles a su deber, a la República y a su patriotismo, con la improvisación de la gente nueva que, saliendo de las trincheras, del taller o de la fábrica, ha sabido elevarse y hacerse digna de tomar mando y parte directiva en el combate por la libertad de España. Honor a los que, de una y otra procedencia, dan su sangre y su capacidad en defensa de la libertad de España.

El ejemplo prodigioso de Madrid

El mismo fenómeno que se ha operado en la moral y en la disposición de Madrid, en el cual desde que empezó el asedio no se ha vuelto a decir una sola palabra excesiva ni hacer un gesto inelegante, ese mismo fenómeno maravilloso se ha operado en las filas y en los cuadros de los combatientes.

Se ha reconstruido una moral militar. ¿A qué se debe este prodigio? Yo no lo sé. Podríamos señalar personas, podríamos señalar esfuerzos; pero hay una cosa que está por encima del esfuerzo personal y de la capacidad personal, que es la revolución interior moral operada en el combatiente cuando se ha dado cuenta de su enorme responsabilidad y de lo que iba jugado en la partida. Se ha formado una nueva moral militar. Yo he tenido muchas ocasiones y muchos motivos de admirarlo, pero he tenido pocas de publicarlo y de decirlo. Y puesto que están aquí presentes muchos jefes del Ejército que defienden a Madrid, y defendiendo a Madrid defienden a España y a la República, me complazco en decirlo, en saludarlos y enaltecerlos.

Yo nunca he sido soldado; pero sé lo que es la

moral de un soldado. Yo nunca he combatido; pero sé el esfuerzo moral que hace falta para combatir y, sobre todo, para mandar en el combate. Y yo sé—lo sé—que uno de los tipos humanos más altos que se pueden producir en los tiempos modernos es cuando la disciplina del combate y la disciplina militar caen sobre una alma noble, porque entonces el hombre noble, de por sí comprimido por el deber y por la disciplina, y jugándose la vida a cada minuto, da el rendimiento máximo que se puede esperar del corazón humano. Vosotros, soldados de España, que defendéis en Madrid la libertad de nuestra patria y la independencia y el honor de España, recibid mi aplauso, mi admiración y el testimonio de mi gratitud en nombre de todo el país. (*Grandes aplausos*).

Caer en Madrid, lejanos ya los días lúgubres de noviembre del 36, produce en el viajero el efecto de una inyección de aire puro. Vosotros no podéis imaginaros, madrileños, el fermento de energía, de lección moral, de ánimo, que encierra vuestra sencilla conducta. Y aquí, que vivís en plena guerra, cuando la ciudad y el frente se entrelazan, cuando la línea de fuego pasa por vuestros arrabales, cuando, para ser todo típico en Madrid, se puede ir a las líneas de fuego en tranvía, cosa que no ha ocurrido en ninguna parte, aquí es cuando uno se robustece, si le hubiese alguna vez flaqueado, el sentido de la entereza moral de nuestro pueblo. Y, cuando digo nuestro pueblo, hablo de Madrid, porque por algo sois el cogollo de España.

Este fenómeno tienen mucho de prodigio. Quizá yo tenga más motivos que otros muchos para saberlo. Mucho de prodigio, porque cuando, pasada esta tormenta y restablecida la paz, cada cual pueda recapitular sus observaciones y sus experiencias, llegará un día en que nuestra propia memoria parezca una pesadilla; llegará un día en que tengamos que decirnos: ¿Eso lo he soñado o ha sido una realidad terrible? Pues sí, amigos míos: ha sido

una realidad terrible. Ha habido en España un día, un mes, no sé cuántos, en que se nos echaba encima el invasor y en que no teníamos tropas, en que no teníamos armas, en que no teníamos Estado, en que no teníamos medio de gobernar, y combatiendo con una mano y forjando las armas con la otra, ha habido cabezas bastantes para reconstruir el Estado desde abajo arriba.

Reconstrucción integral del Estado español

Y una de las operaciones de reconstrucción del Estado ha sido esta a que aludía antes; la reconstrucción del Ejército, que era lo más urgente. Pero es justo decir que no es sólo el Ejército lo que se ha rehecho. Se ha rehecho el sistema entero de gobernanación de España. Hoy hay una España que funciona normalmente. Nadie es más sensible que yo al desbarajuste, a la indisciplina, al hacer que hacemos, al incumplimiento de las obligaciones; nadie es más sensible ni más fácilmente irritable ante estos defectos. Y yo he visto crecer como una pirámide gigantesca la formación del nuevo Estado y la reconstitución de la autoridad del Gobierno y la transformación de la disciplina social; y he visto al español un poco infantil, excesivamente generoso, excesivamente optimista, pasar de la alegre confianza, inerme y alborotada de los primeros días, a la conciencia de la gravedad de su posición, de la importancia del juego que está empeñado, y recobrar la confianza también en verdades que son conocidas desde hace muchos siglos y que nunca se han vulnerado con impunidad.

Hay otra vez una República, una República con sus tres colores y ninguno más. Y mientras la República la presida un demócrata y un republicano,

no habrá otra cosa en la República. (*Grandes aplausos*).

Hay un Ejército que, siendo ya lo que es, no es más que promesa de lo que será mañana. Un Ejército robusto, defensor del Estado hoy; mañana, defensor y sostén del prestigio de España ante el mundo, porque tendrán que doblar la cerviz y reconocer que España no es un pueblo de locos ni de miserables. Y hay un Gobierno que, abundando y prosiguiendo en la obra de reconstrucción del Estado, iniciada pocos días después de su derrumbamiento por la rebelión, sabe hoy hacerse oír y obedecer en todos los rincones del territorio sometido a su autoridad, condición inexcusable, no ya para vivir como se vive en un país civilizado, sino condición inexcusable para ganar la guerra.

Ha habido que hacer un Ejército, porque no hay dos maneras de hacer la guerra. Delante de un ejército atacante no hay más que oponer otro ejército: si se puede, superior al atacante. Cuando se va a organizar un ejército no hay tres maneras ni dos de hacerlo; no hay más que una: la que da de sí la técnica militar en su estado actual. Cuando se va a vivir en un estado normal, no hay dos maneras de organizar el Gobierno, sino mantenerle en su responsabilidad de mando, sujeto a las responsabilidades legales y constitucionales que por todas partes le asedian y al juicio imparcial de la opinión pública. Pero mientras es Gobierno un Gobierno, no hay más, y sobre todo en guerra, en estado de guerra, no hay más que acatar ciegamente sus órdenes y sus disposiciones, a reserva, si pudiera darse el caso, de que el Gobierno tenga que responder ante quien deba de su conducta, y, sobre todo, ante la opinión del país.

Estos hallazgos, que parecen tan sencillos, nos han costado demasiado tiempo. El Estado se derrumbó el 17 de julio, el Ejército desapareció, las armas, o no las había o fueron a donde no debían estar; la autoridad gubernativa era por todas par-

tes trabada y combatida y desobedecida. El sacrificio de aquellos republicanos que en los días más terribles de la rebelión tomaron sobre sí la gobernación del Estado y el empeño de reconstruirlo, es un sacrificio que ningún español sabrá agradecer nunca bastante, como no sea yo, que lo conozco por dentro. Pero hoy todo esto está recompuesto: tenemos una organización de Estado, tenemos un Ejército disciplinado, que cada vez está mejor instruido y cada vez es más potente para combatir; tenemos la autoridad gubernamental restablecida, sin mengua de ninguna clase, por todo el territorio que está sometido a su jurisdicción.

Y yo os digo que este es el camino que hay que seguir, y cualquier otro camino, cualquier otro propósito en estos momentos es pernicioso, es perjudicial, es contrario a la República, es contrario a la paz. Digo contrario a la paz, porque el fin de nuestra guerra es restablecer la paz republicana y la República.

Cuando no se esté en guerra podrán los analistas, y los políticos, y los tratadistas, examinar sus orígenes, plantear todo género de discusiones sobre su formación y su causa, etc.; pero, una vez que la guerra está planteada en el campo, no hay más que un problema, el estrictamente militar, que surge de la situación de los Ejércitos combatientes. No hay más que este problema. Y, cuando hay guerra, todo se debe subordinar a ese problema. Introducir en los fines del Estado, o en los fines de la guerra, fines secundarios, es decir, que no sean derrotar al enemigo, es colaborar con el enemigo, aunque no se quiera, aunque no se diga, aunque no se pretenda; fines que son legítimos en sí mismos, que son respetables, y a los cuales, volviendo alguna vez a la vida pública, uno se sumaría; pero, pendiente el problema militar, todos estos fines secundarios deben quedar a un lado. Cuando hablan las armas, todo el mundo calla, y mientras no se gane la batalla, todo el mundo combate o trabaja por la batalla, y

como no fuese rogar al dios en que se crea que la suerte de las armas sea propicia, no hay otra cosa que hacer.

¿Por qué luchamos?

Me he preguntado algunas veces si es bien conocido el propósito de la República, defendiéndose de la agresión interior y extranjera con el rigor y la resolución con que lo hace. Si un día llega a nuestro planeta un ser inteligente, procedente de Sirio—, quiero suponer que viene de otro planeta, porque lo que es en el nuestro el número de hombres inteligentes ha disminuído de modo alarmante, y no es seguro encontrarlos con facilidad cuando se trate de examinar el problema de España—, y este ser inteligente, al ver los destrozos causados en nuestro país y el encarnizamiento en las batallas, nos preguntara: ¿por qué os batís?, nosotros tenemos una respuesta que dar. Quisiera yo saber cuántas respuestas iguales se han podido dar en la Historia delante de una guerra. Nosotros nos batimos en defensa propia, y esta defensa, que es una eximente en la vida personal, en la vida de los pueblos no sólo suprime un escrúpulo de conciencia, sino que es un deber nacional que no se puede eludir. Nosotros nos batimos en defensa propia, no sólo en defensa de la vida de un pueblo, sino en defensa de aquellos valores que son la razón suprema de vivir: en defensa de la libertad de España y de la libertad de todos los españoles, incluso de los que no quieren la libertad.

Tengo que decirlo cien veces: en defensa de la libertad de España, personificada en la República, que es el régimen jurídico de la libertad, la cual alcanza incluso a los mismos enemigos de la libertad, guste o no guste. La mayor parte de los que son enemigos de la libertad son enemigos de la li-

bertad ajena, pero no de la propia; lo que quieren es convertir su libertad en tiranía sobre nosotros. Y, en cierta manera, la libertad representada por un régimen jurídico republicano es una opresión, porque nos obliga a todos a respetar la libertad ajena. Yo lo proclamo una y cien veces, porque a mí, amigos míos, no se me ha derrumbado con motivo de la guerra ni de la rebelión ninguno de los principios morales que han hecho mi figura pública, ni los que han servido de sustento a mi vida personal en el orden político. No; no se ha derrumbado ninguno, ni me he pasado a ningún enemigo. Lo que me parecía injusto en el mes de julio de 1936, me sigue pareciendo injusto hoy, y lo que me parecía hacedero, necesario y urgente en la renovación de España, me lo sigue pareciendo. Yo no espero a que ocurra una rebelión, una revolución o una insurrección para trastocar todos mis sentimientos personales y políticos. Yo sigo siendo el mismo del año 1931, y con este espíritu presido la República, y creo que todos los españoles amantes de su libertad y de la independencia de su patria, en cualquier partido en que estén, que esa es otra cuestión, tienen que aceptar estos principios fundamentales. Es más, los aceptan porque por eso están con los fusiles en la mano.

Nosotros damos esta respuesta sencilla: nos batimos en propia defensa, defendiendo la vida de nuestro pueblo y sus valores morales más altos, todos los valores morales de España, absolutamente todos: los pasados, los presentes y los que seáis capaces de crear.

Tenemos por nuestro todo lo grande y noble de la Historia de España

Nosotros, innovadores de la política española, instauradores de la República, trabajadores de la República, para convertirla en un instru-

civilizador y de progreso en nuestro país, no hemos renegado de nada que sea noble y grande en la historia de España; absolutamente de nada. Yo tengo tal reverencia y devoción por el genio de mi país, que, solventadas las diferencias políticas y arrasadas las discordias y quemada la broza de las discordias, a los que tenemos el juicio bastante claro y el corazón bastante alto para pensar en patriotas, nos estará permitido amar y admirar lo que en los tiempos presentes no podríamos admitir y aborreceríamos y combatiríamos. Por eso no hemos renegado de ningún valor español, de lo que sea noble, grande y lleve el sello propio del genio de nuestro país. ¿Quién podrá dar delante de una guerra una respuesta más clara, más sana, más acepta a la conciencia rígida que la que nosotros damos? Hace falta esta respuesta, hace falta este convencimiento moral, porque a ninguno de nosotros, que aceptamos el deber como es, con toda su rigidez, con toda su grandeza y con todo su estrago, a ninguno de nosotros, ni a estos soldados que están aquí conmigo, nos parece la guerra una fiesta alegre, ni un deporte, ni un entretenimiento de adultos vigorosos. No; nuestra conciencia es clara; nosotros sabemos que la guerra es una espantosa calamidad, y que la guerra civil es una monstruosidad; porque todavía en una guerra con un país extranjero, el vencedor se forja a veces la ilusión de que hará recaer los estragos y expensas materiales de la guerra sobre el vencido; pero en una guerra civil, vencedores y vencidos tienen el día de mañana que llevar sobre sus costillas y sobre las generaciones venideras la pesadumbre de esta catástrofe. Hay que tener la entereza de saborear el amargor de este problema y decirlo con vigor y con claridad. Sí, la guerra civil es una monstruosidad. Nosotros afrontamos la guerra civil porque es nuestro deber, porque nos defendemos, porque defendemos la libertad de España; no porque nos guste la guerra ni porque vayamos a fundar en

la guerra una gloria militar; fundamos una gloria de independencia y de libertad nacionales.

Se suele invocar en estos casos el nombre de la Patria. Cuando truena el cañón pocos se privan, en cualquier campo que estén, de invocar el nombre de su Patria, y a veces hasta el nombre de Dios. Es muy frecuente asegurarse previamente de que un Dios protege a un ejército contra el otro, y que se cuenta con la protección divina para ganar la batalla. Pero es más frecuente todavía invocar el nombre de la Patria. Yo protesto. Ninguna guerra se puede encender voluntariamente en nombre de la Patria, si no es para defender la independencia nacional. El único valor sagrado de una Patria, que justifica una guerra, es defenderse contra un invasor extranjero; pero invocar el nombre de la Patria para suscitar una guerra civil es ilegítimo, como no se crea que la Patria es una especie de deidad remota, sanguinaria, delante de la cual, periódicamente, hay que sacrificar unos cuantos cientos de miles de sus hijos para tenerla contenta. Nosotros creemos que la Patria no es eso; nuestra Patria no está distante de los españoles. Nosotros somos nuestra Patria moralmente, como lo es nuestro territorio, como lo son nuestras ciudades, como lo serán las generaciones que vengan mañana, como somos nosotros los herederos de las pasadas. Pero yo no creo, nadie puede admitir, que exista una entidad indefinible, incognoscible, remota, distinta en su interés y en su aspiración y en su exigencia a la exigencia, a la aspiración y al interés de nosotros, los compatriotas, y delante de la cual, por capricho de una política o por ambición de una política, o por exigencia de un partido, en nombre de esa Patria sanguinaria haya que inmolar la vida de millares de sus hijos. A mí esto me parece una monstruosidad, de la cual sale la enorme monstruosidad de la guerra civil que estamos padeciendo.

Lo mejor del espíritu de Madrid: La confianza en el mañana

El ejemplo de Madrid no se acaba ahora, no se acaba con que rechazéis nuevos asaltos del invasor, ni con que este pueblo admirable siga padeciendo, con su naturalidad y su gracia, las privaciones de un asedio, ni con que estos soldados pongan su valor y su pericia al servicio de la causa. No; no se acaba ahí, ni se acabará el día de la paz. Después de la guerra, el ejemplo de Madrid será el ejemplo para toda España. Madrid, al parecer tan frívolo, ha dado el ejemplo de nobleza moral que nuestro pueblo estaba necesitando; nobleza y grandeza morales que no se explayan degollando a los prójimos, sino sufriendo con entereza las degollinas que recaen sobre el propio vecindario, y rechazando y diciendo mañana a toda España: «Nosotros éramos tu capital y hemos sido dignos de este nombre, y ahí os queda el ejemplo de lo que sabe hacer un millón de ciudadanos cuando obra y se conduce como un buen español delante de la defensa de sus libertades». Y el ejemplo de Madrid será para mañana, como lo es hoy su corazón, una enseñanza política, en el alto y grave sentido de la palabra. Cuando las entrañas hoy destrozadas se calmen y las pasiones cedan y recobre su primacía el juicio y la inteligencia, y se saquen de esta contienda las lecciones que yo tengo derecho a esperar para nuestro país, y de ellas los mejores frutos, entonces toda España volverá los ojos a Madrid, porque aquí se ha sufrido con dignidad, se ha combatido sin fanfarronería, se ha reclinado la política a donde la política debe estar en tiempos de guerra, se ha pensado en España; no se ha interpuesto en vuestra defensa de Madrid, general Miaja, ningún fin egoísta, y del nombre de Madrid saldrá el raudal español que fecundice todas nuestras tierras políticas en el porvenir, y donde vengan a aprender todos,

extraños y propios, cómo se conduce un gran pueblo delante de una tragedia que él no ha querido, pero que sabe afrontar con entereza. Madrid será nuestro. Yo, que me he considerado siempre madrileño — por lo menos aquí me he criado —, me llevo hoy de Madrid lo mejor que en medio siglo me ha dado. Muchas cosas le debo yo a Madrid. pero hoy me ha dado Madrid lo mejor de su espíritu: me ha dado la confianza en el mañana». *(Grandes y prolongados aplausos).*

SERVICIO ESPAÑOL
DE INFORMACIÓN

A E

ARCHIVO
ESTATALE